

de los «antiguos» ante la juventud de los diputados, pensamiento central del federalismo de Hamilton.—E. S.

LACROZE (René): *Les rapports de l'homme et de l'oeuvre chez Maine de Biran*, en «Les Études Philosophiques», XII, 3, 1957 (págs. 442-446).

La obra, si es sincera, refleja la personalidad del autor; su creación puede dar lugar a un drama íntimo para el mismo, el de la voluntad comprometida en un conflicto insoluble. No obstante en algunos autores es difícil ver la relación del hombre con la obra porque esta relación está rodeada de ambigüedades y apariencias en contrario. Tal ocurre con Maine de Biran y ello explica la divergencia de juicios sobre ella.

Ph. Damiron dice de Biran que «... no es un escritor, sino un pensador que se sirve de las palabras como le parece, sin preocuparse del lector». Cuarenta años después, H. Taine nos expone su decepción y reserva con respecto a Maine de Biran en el mismo sentido que Damiron.

¿Cómo conciliar los severos juicios sobre la obra con la ferviente admiración que el hombre inspira a sus contemporáneos? El hombre les hace olvidar el escritor y excusar las imperfecciones de su obra.

La espontaneidad del genio de Biran es asombrosa. Hombre del siglo XVIII, condena las pretensiones de la ontología, concibe la metafísica como la exploración de un «mundillo interior» en el que gusta refugiarse. La filosofía es para él una aventura a la que se entrega totalmente.

Los temas que le ocupan no proceden de un avance de la razón, sino que constituyen auténticos descubrimientos. Es creador de un género, el «Diario Metafísico», que se ajusta a su talento. Desde febrero de 1814 hasta su muerte redacta sin interrupción su Diario, enriqueciéndolo constantemente con nuevas observaciones y preciosos análisis.

Pero lo esencial de su mensaje procede de sus «descubrimientos», de sus iluminaciones que se producen cada vez que le surge un problema particular, y que le separan de Condillac, así como de los alemanes y escoceses.

Biran siente la necesidad de descri-

bir sus descubrimientos, pero sobre todo quiere recopilar sus intuiciones. A partir de 1811 no cesa de soñar en la obra magistral de psicología que reúne todos los resultados obtenidos por él, pero no la redacta jamás.

Hombre político, a pesar de su ineptitud para la política, de la que tiene conciencia, trata de suplir con voluntad el defecto de la naturaleza.

Durante su vida no publicó más que un libro, sobre la costumbre, y dos artículos, sobre La Romignière y sobre Leibniz, pero también durante toda ella no dejó de escribir, dejando al morir miles de hojas cubiertas de su fina escritura. Su estado de inconclusión corresponde también a una faceta de carácter de Maine de Biran, compendio de vacilaciones, luchas internas y tormento íntimo en cuanto se trata de creación literaria.

Una mezcla sorprendente de cualidades y defectos es la característica de la obra de Maine de Biran, que más que expresar el sentir del autor lo disimula. A pesar de todo, el biranismo es inseparable de la personalidad del gran pensador. Esta filosofía de la voluntad y del esfuerzo está ligada al drama personal de la creación literaria. Biran, este ser desgarrado por las contradicciones, consciente de sus debilidades y ansioso de vencerlas, hace, cada vez que se propone trabajar, la experiencia de la dualidad: nadie está mejor preparado que él para apercibirse de la naturaleza dramática de la existencia humana, en la que lo propio es desenvolverse en la lucha y tender perpetuamente hacia un fin inalcanzable.—M. N. R.

WILKINS (Burleigh T.): *James, Dewey and Hegelian Idealism*, en «Journal of the History of Ideas», junio 1956, vol. XVII, núm. 3 (págs. 332-346).

El pragmatismo de James y Dewey estuvo siempre afligido por la división pluralismo-monismo entre (y dentro de) los dos filósofos, hecho que ni su acuerdo fundamental sobre el idealismo hegeliano pudo obscurecer. La tesis del autor de este trabajo es la de que las expresiones de esta división fueron configuradas en buena parte por sus reacciones ante el idealismo hegeliano.

La relación más importante entre el

idealismo hegeliano y el pragmatismo consistió en que el primero proporcionó al segundo algo contra lo que reaccionar. Aunque el pensamiento de Hegel alentó el intento de revisión del empiricismo hecho por James, los excesos del filósofo alemán y de sus discípulos sirvieron justamente para fortalecer la lealtad de James a la tradición empírica. El carácter formalista de la dialéctica hegeliana animó la fidelidad de James a la pura experiencia en todas sus variedades. Por lo que hace a Dewey, fué precisamente lo inadecuado del sistema de Hegel lo que le llevó hacia el mundo jamesiano-darwiniano del indeterminismo. Particularmente, fué en reacción contra la concepción hegeliana de la experiencia y de la moralidad como el cumplimiento de una personalidad preconcebida como Dewey llegó a sentir la necesidad de una psicología basada puramente en la experiencia y de una fundamentación empírica de los juicios morales.

Siquiera el hegelianismo contribuyó a la toma de conciencia por parte de James de la relación entre las cosas y al miedo sentido por Dewey de la experiencia desordenada y fragmentaria, es posible afirmar que tanto uno como otro reaccionaron tan fuertemente contra Hegel que no percibieron totalmente las potencialidades de su filosofía. Frente al determinismo de Hegel, James dió extrema importancia a los aspectos emotivos y subjetivos de la experiencia; el ejemplo del omnicompreensivo sistema monístico de Hegel animó el respeto de James por lo particular. Por su intensa reacción ante las demandas del hegelianismo, la filosofía jamesiana se hizo más vulnerable a las acusaciones de nominalismo, solipsismo y antiintelectualismo de lo que lo hubiera sido en otro caso. Y en cuanto a Dewey, la lección de Hegel sobre la necesidad de unidad y universalidad le hizo reprochable de valorar la comunidad sobre el individuo y de exaltar al organismo por sobre sus partes componentes. Como reacción contra el idealismo, Dewey ensalzó demasiado y hasta contra su propia convicción los valores de la fe empírica. Posiblemente el pragmatismo no sería lo que ha venido a ser sin el idealismo de Hegel, a la manera como se ha podido afirmar que sin éste no hubiera habido Kierkegaard.—S. del C.

RIEFF (Philip): *Freudian Ethics and the Idea of Reason*, en *Ethics*, LXVII, 1957 (págs. 169-183).

Que la psicología constituye el fondo motivador de las acciones éticas es una teoría muy antigua, ya que sus raíces pueden descubrirse en el propio Platón. No obstante, de este hecho se han derivado puntos de vista distintos. Así, para Platón las motivaciones psicológicas implicaban una adecuación o un alejamiento de la normatividad dispuesta por las ideas. Sin embargo, desde el criterio opuesto tiende a reducirse la ética a la psicología de tal manera que las normas éticas serían la expresión objetiva de las voliciones individuales provocadas a su vez por concretos motivos que los psicólogos descubren en cada caso.

Resulta, pues, que la psicología puede considerarse, o como una ciencia natural, o bien como la teoría de un sector autónomo, cuyos límites están entre las exigencias del mundo ideal y los acontecimientos concretos de la existencia. Freud ha construído una teoría psicológica en la que los elementos éticos son en cierta medida un resultado de los impulsos irracionales. El autor de este artículo pretende esclarecer que no se puede defender al límite las hipótesis freudianas. Desde el punto de vista de Freud, la razón aparece como un sistema de normas con una función específicamente reflexiva y en estrecha vinculación con lo que Freud llama en su técnica «superego». El sistema censorio o racional significa en cierto modo las exigencias del conjunto social al que se pertenece y el campo estrictamente psicológico queda reducido a las aspiraciones o pretensiones de origen volitivo de carácter individual. De este modo, la ética de Freud no está en conexión directa con la idea de la razón, sino que es en cierto modo el resultado de una tensión entre razón y volición. El supuesto último de la ética está en el proceso genético del subconsciente, de tal manera que el carácter objetivo y la necesidad de las normas éticas resulta sumamente disminuído. De aquí que los fines más profundos y solicitados los exprese con mayor exactitud la creación artística en cuanto expresión inmediata de lo irracional y de aquí también que la ética tenga una función preferente-